**Con Buenos modos sin dejar de sonreir.**

Sentada al borde de la cama, Nuria ve su cuerpo reflejado en el espejo del armario lateral del dormitorio. Observa su pelo fosco, enmarañado, las ojeras alimentadas de insomnio y un camisón sencillo que se niega a reproducir cualquier atributo de lozanía femenina. Un par de años atrás –un mundo-, había visto a Daniel sentado a su espalda, como dos figuras simétricas; o antimétricas; que hoy ni ella misma sabría decir lo que eran. En la mesilla de noche apoya un marco desconchado y sin cristal, con una fotografía pequeña y manoseada que le devuelve su imagen, cuando aún sonreía, llevando de la mano a un crío. Una sonrisa incapaz de presentir en aquel instante el horroroso ritual del abandono, el marco estrellado en la pared, las fotos de pareja en la basura. La traición no se recicla.

Está amaneciendo, pero Nuria ha prohibido la entrada a la luz y la curiosidad del exterior. Las persianas la obedecen sólo hasta donde se sienten capaces. Sin que pueda evitarlo, por rendijas de puertas y ventanas se cuela un murmullo que no deja de crecer con el paso de los minutos.

Nuria se dirige al baño, donde se viste. Allí se enfrenta de nuevo a un espejo. Hasta hoy no ha reparado en todos los que hibernaban junto a ella y ahora parecen despertar para multiplicar su angustia. Luego, el agua tibia que resbala por sus manos le trae antiguos ecos de piel sonrosada y chapoteos, cuando la alegría llenaba aquel recinto durante el baño de su hijo. Hoy ha decidido evitar su mirada y lo ha dejado al cuidado de su madre. Sale y cierra la puerta.

A continuación se dirige al resto de habitaciones. Apenas entra en ellas: sólo una mirada desde el umbral de sus puertas. Junto a la de entrada ya tiene preparada, desde ayer, una pequeña maleta en la que comparten espacio un poco de ropa y muchos recuerdos. Se creía vacunada contra la emoción, pero según recorre la casa y clausura estancias, siente cómo la rabia escala hasta su garganta. Porque no está cerrando una cocina, ni una habitación con garabatos

infantiles y móviles inquietos. Lo que está haciendo es condenar en todas ellas, una parte de su memoria.

Sin embargo tiene la sensación de que no es ella quien va cerrando las puertas, que son otros los que lo hacen, empujándola suavemente hacia la salida; con buenos modos; sin dejar de sonreír. Para eso ya tienen a los que van a tocar el timbre en cualquier momento. No necesitan estar aquí. Quizá estén cazando en Sudáfrica, o reunidos en un consejo de administración o demorando sus manos sobre los hombros descubiertos de una secretaria, mientras confirman la hora de una votación sobre úteros ajenos. Lo mismo da. Nuria intuye que todos son diferentes engranajes de una máquina insensible sin más objetivo que la mejora de algún porcentaje en un balance. Una máquina ciega y sorda. Muda no: como podría, entonces, justificar acciones y repartir consejos.

Aún no han llamado a la puerta, pero sabe que lo harán en breve. Lo anuncia, en florida prosa judicial, el papel que ha recibido hace unos días. Para eso sí son eficaces. No tiene ninguna duda de que van a cumplir su promesa. No como tantos a los que ha recurrido en los últimos meses.

Para entonces el murmullo ha subido de tono y se ha hecho audible, inteligible. Lo ha visto tantas veces en televisión, que puede imaginar al grupo de policías al otro lado de la ventana, tratando de abrir paso al secretario judicial, a empellones, entre gritos, insultos y pancartas caseras de activistas y vecinos. Unos segundos después suena el timbre de la entrada.

\*\*\*

Tenía que llegar. Rubén lo sabía desde el momento en que ingresó en el juzgado. Hoy, finalmente, es su primera ejecución de desahucio. Sus compañeros no han dejado de martillearle con la cantinela de que, con el tiempo, uno se acostumbra a todo. También a esto.

Esa mañana ha ensayado un ridículo bálsamo desayunando con su mujer y sus hijos. Pero los niños –ya se sabe-, atentos a cualquier cambio de costumbres, le

han preguntado si hoy no tenía que ir a trabajar y eso, en contra de lo que pretendía, ha reavivado sus temores.

En la puerta le espera un coche oficial. Durante el recorrido se ha obligado al silencio, y el chófer, tan locuaz en otras ocasiones, respeta su deseo. Si fueran capaces de poner en común los pensamientos se sorprenderían de su similitud. Todavía anoche, ambos asistían, atónitos, a las obscenas manifestaciones de un ejecutivo de la entidad bancaria implicada en este desahucio.

No se sorprende de lo que ve a su llegada. Es un guion conocido. La puesta en escena de un drama que todos los participantes se sabrían de memoria y estarían obligados a representar, día tras día, hasta convertirlo en un texto de usar y tirar: una tragicomedia en la que, por no cambiar, no cambian ni los insultos.

Pero en quién, sino en él, van a descargar su indignación las personas que se han congregado en los alrededores. En realidad, para eso le pagan. Para poner rostro a los que ya se han ocupado de poner tierra por medio. Con buenos modos, sin dejar de sonreír.

Rubén avanza a trompicones por el pasillo que han logrado formar los policías municipales hasta la casa y, acompañado por uno de ellos, llama al timbre.

Al cabo de unos instantes se abre la puerta y aparece una muchacha. Si no le hicieran dudar las profundas ojeras, diría que es de su misma edad, y sólo el rostro del sufrimiento podría diferenciarla de su mujer, o de sus hermanas o incluso del policía que tiene a su lado.

Rubén hubiera preferido una reacción violenta de la muchacha: gritos, un forcejeo, la necesidad de arrastrarla por el suelo hasta la calle, el corte de unas cadenas. Pero está allí, en silencio, con una pequeña maleta en la mano, esperando sus palabras. Palabras que, por más que lo intenta, no logra articular. Segundos eternos que bastan para hacerle intuir que, a pesar de cuanto le han dicho, él nunca se va a acostumbrar a aquello.